

LOS MITOS DEL VENDIMIÓN ÉTICO

PRIMER MITO : EL ASNO

Ahora que habéis hablado de todas las morales
y que, sobre mis siete pecados capitales,
blandís vuestros criterios á guisa de puñales,
¡oh, amigos!, desde vuestros sillones doctorales,

yo, que no he puesto nunca leyenda en mi divisa;
yo, que escancio mi sangre para decir mi misa,
y sé las rebeliones que la furia improvisa;
yo, que tengo las lágrimas porque tengo la risa,

subo hasta los oídos los pliegues de mi manto,
cierro entrambas pupilas que os admiraron tanto,
y, en el silencio enorme de la vida, levanto
con un soplo la dura tempestad de mi canto.

¡Giren, en colorida ronda aristofanesca,
á los pies de mi trono, sobre la yerba fresca,
todas tus bestezuelas, humanidad grotesca,
y dame tu alarido de mascarada en grescal

.....
— Tú, flor de los ocasos, que, caída, no pierdes
el exquisito hechizo de tus pupilas verdes,

dime — es posible que, besando, lo recuerdes — :
¿incubas en tus sueños el reptil con que muerdes?

Tú, en cuya carne de oro no hay fe que no peligro,
ni fiebre que se aplaque, ni pudor que no emigre,
¿escondes, porque temes que mi voz las denigre,
tu piel de leopardo y tus zarpas de tigre?...

No; una airada piedad me ha embotado el denuesto.
Veo á la virgen blanca de atormentado gesto,
que tuerce, como el cisne, su agudo cuello enhiesto
en el arrobo trágico de un inmortal incesto.

Veo, en tiendas de feria, por caminos de asfalto,
trotar, sobre los cerdos, gritando á cada salto,
las Helenas de barrio con las ropas por alto,
del placer que las huye al quimérico asalto...

— ¡Abrid paso, que llega la salvación de todo!
¡Ved al oso en dos pies, con las zarrías del lodol!...
¡Oh, poeta, que estudias las bascas del beodo
y te crees eterno si le copias el modol

... Caen las aspas inútiles de todos los molinos;
van rodando las rosas por todos los caminos,
y las abejas, que hilan sonsonetes mohinos,
chupan de los cadáveres y de los pergaminos...

Hay bestias de corral con las alas caídas,
que sufren á las noches lúbricas embestidas;

y hay crestas apopléticas que, por verse encendidas,
apuraron en ellas la sangre de cien vidas...

— Pero surge una voz de metálico timbre
que del vaho animal rasga la espesa urdimbre;
no hay, á su paso rápido, un alma que no cimbre,
como, al paso del viento, las aristas del mimbre.

• Humanidad-rebaño, de cuyo innoble seno
en malhora he chupado el maldito veneno;
¡quédate en tus establos con la paja y el heno!
¡yo despliego mis alas hacia un mundo más bueno!

• No quiero una plegaria ni reclamo una mano;
no hay sonido en mi lengua para el nombre de hermano;
un áspero camino, huyendo del pantano,
recorro y es ajeno á mí todo lo humano. •

— ¡Oh, mortales—si aun quedan—; poco duró el hechizo
con que la voz metálica nuestras almas rehizo!
Éste llama cenobio á su vulgar chamizo
y torre de marfil á sus púas de erizo.

Á la agria voz reciente, otra agria voz responde
de un filósofo hipócrita que, al hablarnos, se esconde;
(el lector, para oirlo, en sí mismo zahonde,
porque está en todas partes y no sabemos dónde).

«¡Oh, Humanidad! ¿Qué importan tus miserias actuales?
Mañana darán flor tus espasmos sociales;
para mañana tejen, en sus negros sitios,
tus pálidos mendigos púrpuras imperiales.

»¡La Humanidad avanza; mañana será el día!
¡Echad el paño de oro de la filosofía
sobre el pecho en asfixia y los pies en sangría!...
¡La Humanidad avanza; mañana será el día!

»Sobre el ara con sangre, refulgirá el Sagrario;
para que el bien florezca, el mal es necesario.
¡Colocad los cimientos y hablará el campanario!...»
— Que suene en el desierto la voz del dromedario.

Ve el mal que le rodea y el sueño no le roba;
lleva su fardo á cuestras y sonríe y se arroba,
porque cuenta, mañana, en su desierta alcoba,
cuando le apriete el hambre vivir de su joroba.

Y así, sobre el cuadrante del ámbito mundial,
donde tienen los hombres su asamblea animal,
erizos y camellos son, con ritmo fatal,
el péndulo del bien y el péndulo del mal.

El erizo se aísla, pero el camello alterna;
el uno va á la iglesia y el otro á la taberna;
aquél condena el mundo porque no lo gobierna,
y éste, como un goquejo, se le pega á la pierna...



II

¿Y la bondad, y la bondad florida?...
¿Ya no quedan raíces de esta planta en la vida?
¿No andará, por las grietas de la tierra, escondida?
¿Ya no hay bondad, ya no hay bondad florida?...

— Tú que me miras grave con tus ojos tristonos,
¡oh rucio de trapero, cosido á costurones!
di: ¿no hallaste, estos días, por entre estos montones,
los restos de la planta de mis saluciones?...

¡Oh rucio de trapero, qué lindos ojos pones!

¡Qué lindos ojos tristes de niño envejecido!
¡Qué ojos, soñando un goce que no te han concedido!
Tú conoces la planta porque no la has tenido;
de tanto desearla, su virtud has cogido.

Tu martirio en silencio pide una letanía;
el vaho, cuando sudas, se te hace poesía,
y del vello que cubre tus lomos, tejería
su cenicienta túnica Madre Melancolía.

Tus sedosas pestañas se cierran maquinales
ante la dura sombra de las cosas reales;
y guardan, codiciosas, tus pupilas sensuales
la verde maravilla de los campos natales.

¡Oh, pobre rucio flaco!... En tu frente hay señales...

En tu frente hay señales que me quitan la venda;
bajo tus pobres patas florece la leyenda;
el aire, cuando avanzas, parece que se encienda;
toda tu mansedumbre solicita una ofrenda.

...Veo un camino de árboles en floridas arcadas,
y veo casas blancas sobre azul destacadas,
y palomas que flotan por el aire á bandadas;
¡y me llega un rumor de palmas agitadas!

Hay una muchedumbre que se lanza á un camino,
salen brazos desnudos de las mangas de lino,
van los niños por alto en el sol matutino,
las mujeres se empinan sobre el hombro vecino...

Se hace blando, en las rosas, el andar de un pollino
y, entre lo más humano, pasa lo más divino...

Aun conservas señales de la gran maravilla,
¡oh, pobre rucio flaco!; y, al andar, tu rodilla

en una involuntaria genuflexión se humilla;
aun tiene santidad tu buena fe sencilla.

— ¡Ah!... Vengamos á cuentas: los tigres, los reptiles,
los erizos huraños, los camellos civiles,
y vosotros, rebaños que pululáis á miles
por estos verdes trigos y estos montes cerriles:

Yo sobre todos juntos colocaré este asnillo,
porque fué, en los dolores, laborioso y sencillo;

porque llevó al mercado su carga cada día
y en los campos natales soñó, cuando dormía;

porque su alma doméstica santamente se avino
con la gallina y con el cerdo, su vecino;

porque, sin proclamarlo pomposo sacrificio,
su vida fué una fuerza y su fuerza un servicio;

porque, poco orgulloso de sus carnes enjutas,
gozó, llevando á cuestas una carga de frutas;

porque, jamás avara, su alma espléndida y larga
no cambiaba de dueño y cambiaba de carga;

y porque, visionario, no trotó nunca, como
cuando llevaba flores — ¡ó á Jesús! — en el lomo.

SEGUNDO MITO

EL CISNE

EL POETA DICE

I

Cisne, cisne blanco,
blancura de ala y blancura de flanco;
cisne majestuoso,
éxtasis y purezas en reposo;
rítmico cisne sobre el agua quieta,
hermano del poeta,
lirio inverso en la calma vespertina,
hostia blanca entre el lago y la colina,
cisne divinamente solitario
en los oros de un nimbo legendario;
cisne que avanzas misteriosamente,
plana, en la luz, la frente
para que en ella el Ideal incube;
cisne, mitad magnolia y mitad nube;
¡oh, cisne! ¿qué inefable sortilegio
lleva tu santidad al sacrilegio?
¿qué funesto destino
hace una tentación de lo divino?
¿qué dolor de pureza desolada
el deseo sorprende en tu mirada?

Cisne, cisne, responde :
 ¿qué sed horrible tu templanza esconde?
 Á tu frente tan alta,
 tan pura, tan eximia, ¿qué le falta?

II

Porque tiene, en el agua que destría,
 tu andar una cruel melancolía;
 porque en tu nieve hay un fatal destello;
 porque sabe tu cuello
 todas las contorsiones
 en la impiedad de todas las pasiones;
 porque anuncia el ardor que te consume
 la febril avidez con que se sume
 en el frescor del agua tu cabeza;
 porque es muda y sin himnos tu tristeza;
 porque saben tus alas el tormento
 de ir abrazando el viento
 en unas anhelantes sacudidas,
 y porque son tus ojos dos heridas.

Cisne, cisne imperial, torva pureza
 hecha de orgullo y hecha de pereza;
 cisne de las serenas latitudes,
 cisne de las quietudes,
 cisne del privilegio y los halagos,
 cisne del agua de oro de los lagos,
 cisne en quien vivas van las letanías

de las aristarquías,
 ¡oh cisne, cisne blanco,
 hay sangre en las alburas de tu flanco!

III

La estola blanca sucederte veo
 de las princesas muertas de deseo;
 tiene tu marcha el pasmo rozagante
 de una suprema dejadez de infante;
 cisne, conoces las enfermas flores
 que se abren más allá de los amores;
 en el glacial dolor de tu egoísmo,
 tu cuello es el verdugo de ti mismo;
 cisne igual, cisne noble, cisne intacto
 que, en la constante expectación del acto,
 hiendes el agua solo y te desmayas,
 ebrio de soledad, sobre las playas;
 prendió su cinto, lacerante sello,
 la blanca Salomé sobre tu cuello;
 te envuelve, de los pies á la cabeza,
 la horrible inanición de tu pureza;
 cisne de estirpe, dueño
 del imperio sin ansias del ensueño;
 cisne inhumano, cisne immaculado,
 indigno de los fuegos del pecado,
 cisne doliente, llega;
 ¡llega, y tus alas en la luz despliega!
 ¡Cisne!... De los orgullos que te oprimen,

¡hazte la noche trágica de un crimen!
 ¡Hunde tu pico de oro en la cruenta
 vena de la tormental!
 ¡Lleva tus pies al fango del camino!
 ¡Sé, en el aire, revuelto torbellino
 de plumas, ansias, besos, estertores,
 alas de monstruo y cálices de flores
 y da, de pasto, á la pasión flamínea
 la curvatura intacta de tu lineal

Cisne imperial: traspuesta la arboleda,
 del lado allá del lago,
 loca de fiebre y férvida de estrago,
 desnuda en su furor, avanza Leda.

LEDA

En tu animalidad suprema de humanismo,
 Leda pagana, Leda de los flancos inmensos,
 triunfadora soberbia del mayor misticismo
 que echas sangre en las copas de todos los inciensos;

Leda, de las lujurias decisivas y prontas,
 que sabes ir desnuda por las praderas, como
 las bestias inocentes en el amor, y afrontas
 el capríforme embite del sátiro en el lomo;

Leda, con el olor de las yerbas mojadas
 sobre la espalda; Leda del hálito sereno;
 Leda, recién salida del río, salpicadas
 de su linfa las flores mellizas de tu seno;

Leda, de carne nívea por la que se derrama
 tu cabellera, negra como un cielo nocturno;
 que, á todas horas, noche perenne, te proclama
 apta para los cultos ardientes de Saturno;

Leda, en tu inverecundia sana como el cachorro
 de una pantera; suelta de actitudes, llevando
 tu sexo triunfalmente, como un reto, en el corro
 de los centauros, que se encabritan, bramando;

Leda, sobre quien no da el sol de la mañana
que desnuda y rendida del amor no te encuentre,
sin otro cinto que la arruga soberana
que hace tu propia carne debajo de tu vientre;

Leda : en los aires densos de esta mañana tibia,
¿qué celos olfatea tu furor venusino?...
— Grita, como un clarín de guerra, tu lascivia
y da un bote de fiera tu cuerpo femenino.

EL CISNE

¡El cisne!... En la desolación
de su fatal renunciación,
¡el cisne blanco, el cisne-lirio,
el cisne intacto, el cisne regio,
que ya se crispa, en el delirio
del inminente sacrilegio!

¡El cisne!... Avanza sin camino,
la espalda vuelta á su destino,
por lo ignorado de las sendas;
y le embriagan, como un vuelo,
las novedades estupendas
de la naturaleza en celo.

Sus alas caen, pétalos blancos,
sobre la fiebre de sus flancos
que tienen un temblor gozoso;
y, en el deseo que le inflama,
sus ojos buscan un reposo
por las blanduras de la grama.

En lo interior de su conciencia
hay la autumnal magnificencia
dorada y muelle de un ocaso;

y hay una queja lastimera,
preludio de aquel canto, acaso,
que dará al aire cuando muera.

Como los ábregos la espuma,
el cisne siente que su pluma
el corazón hinche y descoge;
ya salta afuera en son de guerra,
ó ya en sí mismo se recoge,
sorbando en él toda la tierra.

Acuden todos los sentidos
con los hogares encendidos
al gran festín que se está haciendo;
pero de todos sus ardores
triumfa el olfato, recogiendo,
pristino avance, los olores.

Y el cisne corre, corre, corre;
nadie le ve, nadie le acorre
en su pasión, en su abandono;
su cuello nunca, nunca, nunca,
tuvo en su curva aquel encono
que hoy su serena ascensión trunca.

Y ya, con pasos desiguales,
como si recios vendavales
tiraran de él, anda rodando;
y cada vez que, en tierra, ciego,
viene á chocar, se alza bramando,
mordido de un áspid de fuego.

Piensa en la calma y el halago
de la quietud igual del lago
ya tan distante, tan distante;
y hay un nostálgico estupor
en el desgarró lacerante
de su graznido de dolor.

Hunde, obstinándose, la frente
en la lujuria del ambiente
como una flecha de oro, ciega,
que hiende el aire y que de gozo
queda vibrando, cuando llega,
sobre el hórro de su destrozo.

No ve; no ve con la mirada;
la visión tiene derramada
por toda su sensual hechura;
y en su titánico buceo
por aquel mar, le alumbra, pura,
la astral antorcha del deseo.

Y desvaído corre, corre,
porque el deseo le socorre
con su satánica virtud;
y á su conciencia llega, llega
una divina lasitud
que, como un bálsamo, le anega.

Y se ha parado, jadeante;
y se le impone en un instante

un ansia de dominación;
y, antes del desvanecimiento,
bendice la ardua exaltación
que le ha traído á aquel momento.

Y ve en las rocas, en las ramas,
que saltan fuegos; que arden llamas
sobre los lirios amarillos...;
su pico juega con la seda
áurea, que envuelve los tobillos
de los desnudos pies de Leda.

LEDA DICE :

I

¡Oh!, ¿tú también, señor?...
¡Oh!, tú, cisne divino,
de los éxtasis castos,
de la vida en el agua,
de la frente en la luz
como un cáliz, nimbada
de esplendores... ¡Oh!, tú,
de las sublimaciones,
de las aristarquías,
de las purezas, de
lo ideal, ¿tú también?...

II

Heme pronta, señor;
mi corazón te ansía
desde la eternidad.
Mi corazón ansía
desde la eternidad
todas las cosas... Dime :
¿te ha traído á mis brazos

tu voluntad?, ó — dime — :
 ¿te llegó por el aire,
 como un piafar de potros,
 mi deseo?... Yo soy
 toda terrena, cisne;
 mis cabellos imagen
 de las noches; mis ojos
 como tus lagos; suave
 como flores mi carne;
 mi seno como montes
 con nieve; mi sonrisa
 como luna en el agua;
 mis flancos como mármol
 bajo el sol, que los dora;
 mi sangre como lava
 de los ríos internos;
 mi abrazo como el día;
 mis besos como ocaso
 de los estíos; fácil
 mi amor como la vida
 universal; mis dientes
 como el blanco del tallo
 de las yerbas, si apartas
 la tierra roja; surco
 sangriento de la tierra
 mis dos labios; dos ríos
 en la noche, mis brazos;
 mis hombros, sobre el valle
 de mi espalda, dos candidas
 colinas, florecidas

de almendro; en los amores,
 doy mi amor, como el sol
 da la luz, sin fatiga...

III

Blanco cisne... ¿renuncias
 á tus cielos azules?...
 Los míos tienen nubes
 turgentes, relevadas
 de amaranto, de sangre,
 de rosas, en los bordes...
 Los míos tienen rayos,
 tempestades, tormentas...
 Los míos están rotos,
 en una eternidad
 de cataclismo; aquellos
 cielos son que, hace siglos,
 con montes sobre montes
 rompieron, arrojándoles
 sus corazones — ó
 sus peñas — los atlantes,
 mis primeros amigos.

IV

Divo cisne, albo cisne,
 cisne de las purezas...
 Tu cuello es sabio, como

no lo fué nunca brazo
 mortal, en la lujuria.
 Cisne de las purezas :
 como una lluvia de
 gotas resplandecientes,
 ¡caiga sobre tus alas
 mi risa alegre! Alegre
 porque tú me renuevas
 y porque te renuevo;
 porque acabo contigo
 mi misión, blanco cisne;
 ¡toda la tierra — carne
 y espíritu — habrá sido
 mía, desde este instante!

V

Cisne-espíritu; espíritu,
 hasta este abrazo, estéril;
 ¿me guardarás rencor?
 — Te haré humano; mis besos
 quebrarán uno á uno
 el liviano cristal
 de tus purezas; urna
 serás, ya no custodia;
 tendrás que hacer lo azul
 de tus propias cenizas;
 no te envolverá siempre,
 figuración monótona,

sobre tu frente, cielo;
 bajo tu pecho, lago.

VI

Saldrá de tus entrañas
 tu ideal, como sale
 de las rocas el agua.
 Serás el forjador
 de tu destino, sobre
 los yunques del deseo.
 Tu corazón humano
 no será espejo frío
 de la Divinidad :
 férvido, recibiendo
 los óleos de las cosas,
 te alumbrará, en las noches
 de tus combates, lámpara.
 Llegarás hasta Dios
 por tus hembras; tendrás,
 si puedes tanto un día,
 que engendrarlo en su seno...

VII

Cisne mío : no olvides
 que mi misión acaba
 porque la tuya empieza.
 En las crepitaciones

de todos los ocasos,
 en el oro cayente
 de las puestas, te estuve,
 vigilante, á la espera.
 Mis ojos, incubando
 la gracia de tu marcha
 por la impiedad del aire,
 te seguían devotos
 desde los escondrijos
 de todos los zarzales.
 Mi deseo, como una
 maternidad, había
 dado destinaciones
 á todas tus blancuras.
 Eras ya mío, en medio
 de las noches febriles,
 en el desierto estéril
 de los sueños... Hoy eres
 mío otra vez; más mío
 que yo de mí; mi carne
 va á sumirse en la tuya;
 mi sangre con mis besos
 va á fluir en tus venas;
 mi imperio rojo, lleno
 de rosas, coronado
 de espigas, culminante
 de terranía, acaba
 como una aurora, bajo
 tus dos alas abiertas,
 cisne-amor, cisne-sol.

VIII

Ahora pongo en tus manos
 todas mis criaturas :

los sátiros, los faunos, los centauros que odiabas;
 los amores, la sangre, la carne que ofendías;
 los deseos, los besos, las ansias que negabas;
 las esposas, las hijas, las amadas que huías :
 al darte las dulzuras
 de mis besos humanos,
 ahora pongo en tus manos
 todas mis criaturas.

IX

Y piensa, cisne mío, que yo me desvanezco,
 consunta, entre las llamas del amor que te ofrezco;

piensa que, de este abrazo entre las ansias raras,
 todo lo humano cae con mi cuerpo en tus aras;

piensa que esta victoria te arma para una guerra
 tenaz; que hoy sólo naces, porque sólo la tierra

tiene acción; que yo doy para que al fin encarne,
 á tu ideal materia y á tus deseos carne;

que, hundiéndote en el fango de mi sangre florida,
 tu frente aprenderá las leyes de la vida;

que ni un día, desde hoy, vivirás sin combate;
que te hace el sacrilegio de ti mismo magnate;

que entras por mí, en lo mío, para hacerlo á tu modo;
que á tus voracidades entrego todo el lodo;

que la materia aguarda tu deseo-fantasma
para entrar, dócilmente domeñada, en tu plasma;

que ya no míos, tuyos van á ser los mortales,
¡y que te opongo á Dios, porque tus imperiales
deseos á los suyos impongan los dogales,
cisne, hasta el día en que los dos seáis iguales!

X

Nada más; ahora dame las alas que he querido
haga mi corazón entre sus plumas nido;

dame el cuello ideal, hijo de la serpiente
mi madrina; tu pico busque mi lengua ardiente.

Piensa que moriré de amarte; ve con tiento,
cuida que me regalas y no que te apaciento...

Entra en la floreal cosecha de mis senos;
tu plumón los cobija..., las manos valen menos...

El ocaso es de sangre, cisne adorado; apura
mis besos como un goce y no como una hartura,

que, pues he de morir de este amor, fatalmente,
muera en ti, cisne mío, que es morir triunfalmente...

Cisne, adiós; cisne, adiós...; tus ardores mitiga...,
el delirio me mate..., pero no la fatiga...

PAN

(INTERMEDIO)

Toda á su arbitrio la verde floresta,
antes que el día su párpado entorne,
Pan soberano, en la paz de la puesta,
alza, mirando, su frente bicorne.

Ha visto, ha visto... El abrazo fué ardiente
y una inefable nostalgia le queda;
su flauta trina dulcísicamente
la pastoral del Cisne y de Leda.

Ha visto, ha visto..., y sintió que impelía
algún sagrado huracán aquel celo,
porque, al unirse los dos, parecía
que se abrazaran la tierra y el cielo.

Ha visto, ha visto..., y es tanto el destrozo
que causa en él el nostálgico dejo,
que llegó á verles con saltos de mozo
y ahora sospecha que muere de viejo.

Ha visto, ha visto... Su mano fué incauta
cuando, al pasar, apartó la arboleda;

y, sin querer, canta y canta su flauta
la pastoral del Cisne y de Leda...

ENVÍO

Pan : el amor ha traspuesto su infancia
y en vano, en vano, esperas que torne.
¡Pan!... ¿dónde estás que, á esta larga distancia,
tu flauta es sólo ancestral resonancia,
mitología tu frente bicorne?...

CONCLUYE EL POETA

Hijo del Cisne y Leda, tenido en el horror
de su crespá y potente cabellera nocturna;
negro cisne del pico sangriento, innovador
de la naturaleza monótona y diurna;

cisne negro del pico de fuego, demoníaco
mantenedor sacrilego de las empresas mixtas,
que, en el ritmo del padre supremo y elegíaco,
ordenas de tu madre las ansias imprevistas;

cisne de las acciones voluntarias, que sabes
de Dios y de los hombres; que, en festín saturnal,
bebes la sangre de tus hermanas las aves
en la copa heredada de un vetusto Graal;

cisne que desconciertas al viejo Pan, que has puesto
por el amor, las anchas orquídeas de lo ignoto
en la herida sangrienta de la carne: tu gesto
hace temblar los muros del Olimpo remoto.

Cisne, destino rígido y férvido, que pasa
con la hoz de la muerte arrasando las flores;
nocturno cisne, que te alumbras con la brasa
de tu pico, impregnado de todos los horrores;

cisne, á la vez herida y cuchillo; ideal
y materia; albo lirio y lujurias de Leda;
cisne, de la silueta siniestra y señorial,
negra pupila en el pasmo de la arboleda;

cisne completo, en tu contradicción gigante;
cisne humano y divino de los agrios espasmos,
que sobre ti tu espíritu llevas como un Atlante,
y mides, con la calma de un dios, tus entusiasmos;

en el lago de sangre de mi corazón, quiero
darte albergue, mi cisne de la vida completa;
abran cauce mis venas á tu paso severo,
y tú, envuelve en tus alas mi lira de poeta.

Que mis amores tengan, soberana abundancia,
el dejo de aquel que te engendró, en la arboleda,
y, en su gran plenitud, la exquisita elegancia
del espíritu cisneo sobre el vientre de Leda;

y que por ellos entre, cisne de las nocturnas
alas, en el misterio de la Esencia divina;
que mis besos, en la materia elefantina,
pongan la transparencia radiante de las urnas.

Cisne negro, del pico flamígero, te espero.
Eres, todo á mi modo, singular, sin alarde;
suave con los demás, contigo mismo fiero;
no esquivas el bullicio de la luz altanero;
pero te sientes, en la calma de la tarde,
digno de coronar el casco de un guerrero.